

Por Juan José Millás **I y II**

Escribir I

El día en el que empezó todo, no tenía muchas ganas de escribir, de manera que para hacer tiempo fingí no saber si una palabra se escribía con be o con uve. Aquella duda retórica se convirtió misteriosamente en una enfermedad real, y en cosa de una semana al problema de las bes se sumó el de las

haches, así que tardaba mucho en escribir una página porque tenía que consultar continuamente el diccionario. Creo que desarrollé una curiosa habilidad para evitar palabras que contuvieran esas letras, pero mis escritos de esa época jadean un poco al andar, como si estuvieran enfermos.

Al poco, comencé a padecer también de problemas sintácticos. Las frases se me quebraban a la altura de los verbos, como varillas de cristal demasiado finas. Me asusté un poco, porque vivo de fabricar esas varillas, así que intenté construir frases gruesas y cortas, del tipo yo soy yo, o estoy perdido pero también éstas se rompían. Una tarde escribí: “esto es una frase”, y al poco dejó de ser una frase y se convirtió en un dolor de cabeza. En seguida olvidé qué cuerda había que rasgar para que se escuchara un adjetivo, y aunque descubrí que la de los sustantivos sonaba del mismo modo si la golpeabas de una manera especial, el esfuerzo me fatigaba demasiado.

Luego, en fin, se marcharon los verbos, primero los copulativos y a continuación los transitivos. Los intransitivos se resistían a caer, pero la verdad es que masticaba mal con ellos, así que me los arranqué yo mismo, con un cordel. Si puedo contarlo, es porque ahora abro cada día un libro de otro y recorto palabras que luego pego en un papel, como si fueran amenazas; en cierto modo lo son, aunque sólo para mí, porque a veces se me acaba el pegamento o la paciencia y no logro decir lo que quiero, pero creo que duermo más que antes y respiro mejor.

Escribir II

¿Quién no ha visto agonizar en medio

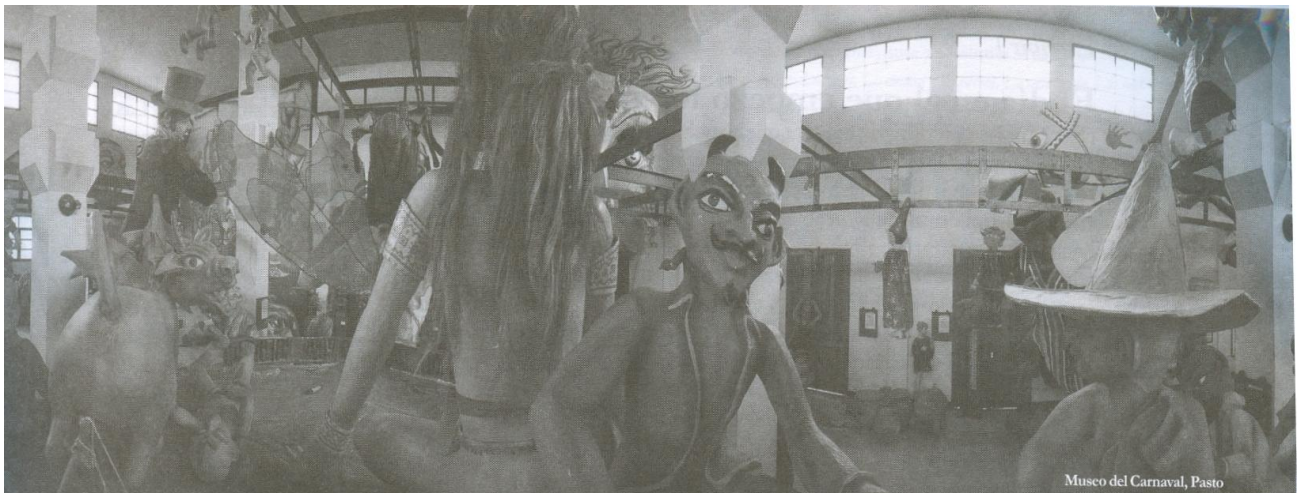
de espantosos sufrimientos a novelas que tenían toda la vida por delante? Nunca se sabe de qué depende su supervivencia; lo cierto es que a veces se les corrompe la sangre y no hay transfusión de tinta que las reanime. Lo más sensato, aunque no lo más fácil, en situaciones así es avisar al crítico forense para que levante el cadáver y firme el certificado de defunción. Muchos no se resignan y hacen con el cuerpo del relato auténticas barbaridades con las que sólo consiguen prolongar su agonía. Un escritor amigo mío, al que se le estaba muriendo una novela corta entre las manos, la llenó de tubos y le metió dos dosis diarias de monólogo interior durante dos semanas. El monólogo interior, en dosis altas, produce en el cerebro de la trama lesiones irreversibles, así que sobrevivió, pero en unas condiciones espantosas. Él, de todos modos, la quería.

Con las frases, aunque tienen menos células, pasa lo mismo. Delante de mí han muerto oraciones enteras que un momento antes tenían un aspecto excelente. De súbito, les falla el adverbio, que es el encargado de filtrar los humores glandulares y se quedan en el sitio, con un color horrible, por cierto, aunque le inyectes en seguida un plural mayestático. El adverbio es más delicado que el hígado; se

obstruye con nada. Un amigo le escribió a otro: “te quise como buenamente pude”, y la frase falleció antes de que le llegara por culpa del “buenamente”, que no filtraba bien el afecto. Se la podía haber mandado desadverbiada: “te quise como pude”, pero habría quedado raquíta. El adverbio, si es bueno, matiza mucho la amistad, la hace más digerible y llevadera. Pero hay pocos y el trasplante te cuesta un riñón.

De todos modos, algunas novelas muertas pueden venderse como vivas con la ayuda de un forense poco escrupuloso y el amor del novelista. Pero hay que sacarles las vísceras, que se descomponen en seguida, y rellenarlas de serrín.

*Juan José Millás (Valencia-España. 1946). Escritor y periodista de reconocida trayectoria. Ha publicado, entre otros, los libros: Cerbero son las sombras, Visión del ahogado, El jardín vacío, Papel mojado, El desorden de tu nombre, Primavera de luto, La soledad era esto (Premio Nadal), Volver a casa, Ella imagina, Algo que te concierne, Trilogía de la soledad, El orden alfabético, Cuentos de adúlteros desorientados, Todo son preguntas y Laura y Julio. Los cuentos aquí incluidos fueron tomados de Cuentos a la intemperie. Madrid, Acento Editorial, 1997, pp. 111-114.



Museo del Carnaval, Pasto